

# Educar con el corazón

Guillermo Michel\*

“Hay en nosotros un solo rostro y un solo pensamiento. Nuestra palabra camina con verdad. En vida y muerte seguiremos caminando. No hay ya dolor en la muerte. Esperanza hay en la vida. Escojan.”  
CCRI-CG del EZLN

## Para encontrar corazón en el camino

No es posible plantear, en unas cuantas cuartillas, todo lo que encierran las cuatro palabras que aquí nos convocan: *educar con el corazón*. A algunos puede parecerles excesivamente cursi hablar de una educación que tenga como emblema el corazón. A otros, tal vez les suene algo extraño que en el ambiente de la “educación tecnológica” o “tecnocrática”, tan ferozmente implantada por el capitalismo salvaje, alguien se atreva a mencionar el corazón, y no las habilidades manuales, la destreza física, el poder de la técnica o la necesidad de acceder a (o crear) una tecnología “de punta”. Me resisto a hablar de esto último, en primer lugar porque no estoy capacitado para ello y, en segundo lugar, porque prefiero adentrarme en los fundamentos emocionales implícitos en toda tarea educativa digna de tal nombre.

Vivimos inmersos en una cultura, en “*redes de conversaciones que definen y constituyen todo el quehacer de una comunidad humana... [Pues] una cultura es un continuo fluir en el lenguaje y las emociones...*” (Maturana, 1994b: 86). En cuanto al lenguaje, a nuestra capacidad de estar en “redes de conversaciones”, me parece tan evidente que no necesita mayor explicación, pero conviene aclarar, eso sí que el lenguaje no es una cosa fuera de los hablantes que somos los humanos, y que “hablamos” lenguajes tan diferentes como el pictórico, el ritual, el mítico, el televisivo, el matemático y cuantos cada uno pueda recordar o inventar.

---

\* Profesor, Investigador del Departamento de Política y Cultura, UAM-X.

Por lo que se refiere a las emociones, resulta pertinente aclarar que éstas se nos hacen visibles como manifestaciones corpóreas: la ira en un gesto, la ternura en una mirada, el amor en la donación de un regalo, el miedo en una pavorosa huida o en un temblor involuntario... Las emociones son, por tanto, evidentes en el comportamiento, en el entrelazo de nuestras relaciones con el mundo y con el Otro. Considero que entre las emociones que más influyen en nuestro quehacer diario, en nuestras interacciones continuas, se encuentra el amor, como corazón que alimenta nuestro devenir *humano* en el mundo. Somos llevados a cualquier acción, emprendemos cualquier actividad movidos por el amor, por la voluntad de alcanzar “ese oscuro objeto del deseo”, que aparece ante nuestra vista como algo amable. Desear y saber que uno desea, amar y saber que uno ama constituyen un solo acto. “El amor es consciente de amar, la voluntad consciencia de querer”, —considera Merleau-Ponty, en su *Fenomenología de la percepción*.

Andamos, pues, en un vaivén de emociones cambiantes, entre redes de palabras, de conversaciones interminables. Algunas, como dicen los zapatistas, “caminan con verdad”: son las palabras que unen el corazón a su camino, o bien, son las palabras empeñadas en que el amor y la esperanza florezcan, en cuanto que todo amor entraña un deseo, y todo deseo es esperanza de alcanzar aquello que amamos. De aquí que sea tan importante para nosotros encontrar caminos con corazón, caminos en los que nuestras palabras caminen con verdad, caminos preñados de esperanza.

Mientras esto no ocurra, ¿para qué sirve la educación? Ésta es la pregunta central que cualquier educador debería hacerse. La cual, por supuesto está vinculada a otras: ¿qué deseamos con nuestra tarea de educadores? ¿Qué queremos con la supuesta educación que creemos impartir? ¿Qué es eso que llamamos educar? Pues, creo yo, al educar no únicamente pensamos o deseamos que unos cuantos estudiantes —pocos o muchos— “aprendan” algo, sino que en el fondo, quisiéramos ayudar a forjar un país. Pero, ¿qué país deseamos? ¿Cuál es ese “oscuro objeto del deseo” que llamamos “proyecto de país”? Y la educación, como proceso en el que estamos inmersos desde la cuna hasta la tumba, ¿sirve de algo para ir construyendo el país que deseamos, o ayuda por el contrario a profundizar la antidemocracia, el autoritarismo, la cultura machista (o patriarcal, según la bautiza

Maturana), la injusticia, la desigualdad, el desamor, la hipocresía, la negación del Otro?

Desde mi perspectiva, y de acuerdo con las percepciones de otros muchos compañeros en este camino, pienso que muchas veces sólo educamos para que cada uno de los educandos aprenda a convivir en un mundo de libre mercado, donde la *sana competencia* los conduzca al “éxito” económico, o político, o profesional. Pero resulta que la competencia —que se basa siempre en la negación del otro— no puede ser sana. El éxito de uno supone la destrucción del otro, así sea en la cancha deportiva, donde el perdedor queda apabullado, vilipendiado, negado. El éxito deseado, en este camino sin corazón, despiadado, se ha convertido en el gran *dios* por el cual hay que sacrificarlo todo, hasta a los otros, como si fuera un nuevo Huitzilopochtli, que requiere de corazones humanos (los de los perdedores, los vencidos) para poder seguir iluminando a la Tierra. Pero esto, tarde o temprano, da a luz —como lo estamos viviendo en nuestro país— explosiones sociales. No puede fincarse el éxito de unos cuantos en la derrota de la mayoría, ni puede afirmarse que se avanza hacia el “progreso” cuando el cuerpo del pueblo perseguido, excluido, carece de lo más elemental para una vida digna: pan, techo, trabajo, agua, salud, libertad, respeto, justicia, solidaridad, democracia. En una palabra, cuando el Otro, desde las alturas del poder ni es visto ni escuchado y que, como en el reciente levantamiento armado de Chiapas, tuvo que cubrir su Rostro para que lo viéramos el resto de los mexicanos.

¿Cómo aparece el Otro ante nos/otros? ¿Qué nos dice su Rostro al manifestarse, al hacerse presente, al interpelarnos como un Otro de carne y hueso? Este Otro, “*que se manifiesta en el Rostro*”, como lo muestra Levinas, ¿verdaderamente nos “abre”, nos invoca, nos llama? ¿Realmente “*el rostro se me impone sin que pueda hacerme sordo a su llamada, ni olvidarlo, quiero decir, sin que pueda dejar de ser responsable de su miseria*”? (Levinas, 1993: 61). ¿Es así como nos conmueve el Otro? ¿Qué comportamientos despierta en nosotros esta presencia: cerrar los ojos, tapiar nuestros oídos, salir a su encuentro?

### **El amor como fundamento emocional de la tarea educativa**

Puede parecer extraño, pero fue un biólogo, un biólogo chileno para mayor precisión, quien me hizo descubrir que “*la emoción funda-*

*mental que hace posible la hominización es el amor. Sé que puede resultar chocante lo que digo, pero, insisto, es el amor. No estoy hablando desde el cristianismo...*" Quien así se expresa es Humberto Maturana. Habla como biólogo, como científico, y no como filósofo o como moralista, o como antropólogo. Trata de comprender la esencia de lo biológico en nuestras relaciones sociales, comunitarias. Y por eso, para él, *"el amor es constitutivo de la vida humana, pero no es nada especial... El amor es la emoción que constituye el dominio de conductas donde se da la operacionalidad de la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia, y es ese modo de convivencia lo que connotamos cuando hablamos de lo social. Por esto digo que el amor es la emoción que funda lo social. Sin aceptación del otro en la convivencia no hay fenómeno social"* (Maturana, 1994a: 22-23). El amor, por tanto, entraña un comportamiento, no una "actitud interior": una serie de conductas que hagan evidente "la aceptación del otro como un legítimo otro" en la coexistencia. Vivir en el amor no significa estar poseído de un fervor místico ni de una actitud de apertura, sino, efectivamente, estrechar lazos, hacerse responsable del Otro, escucharlo, mirar su Rostro desnudo, interpelante, invocante.

Si para Dante es el amor lo que mueve al sol y a las demás estrellas, para Maturana, es el amor lo que nos constituye como humanos, en la aceptación del otro. Aceptación que entraña respeto. Respeto que entraña y supone diálogo. Diálogo que supone igualdad entre los interlocutores, que hablan "palabras que caminan con verdad". El amor, tal como es comprendido desde esta perspectiva biológica, no es algo que nos venga de afuera como un mandato, como una orden, sino algo que surge de nuestra esencia biológica, de nuestro ser-en-el-mundo, de nuestro ser cuerpo. Y, por lo mismo, Maturana enfatiza que *"sin aceptación del otro en la convivencia no hay fenómeno social"*. Es decir, tampoco hay educación, donde la convivencia entre educadores y educandos constituye también un espacio donde se construye lo social, donde nuestro proyecto de país, nuestra idea de Patria, nuestros deseos y nuestras esperanzas confluyen para entrelazarnos los unos a los otros en charlas, en conversaciones, en diálogos interminables, que van tejiendo —con el hilo que es cada uno de nosotros como palabra— el tejido sólido de lo social: "la carne del mundo".

Pero aunque surja como expresión necesaria de nuestra biología, debemos recordar que al amor le damos entrada o se la negamos.

Podemos caminar en el amor o en el odio, en el respeto al Otro o en su aniquilación. Chopra, y el mismo Maturana, consideran que la mayoría de las enfermedades humanas provienen o tienen algo que ver con la negación del amor. Es decir, con el des-amor. “No sólo de pan vive el hombre”, sino de amor también. Somos dependientes del amor, pues somos fruto del amor.

Incluso la comunidad social más reducida que llamamos “pareja” sucumbe por la falta de amor, pues se pierde el reconocimiento del otro como auténtico otro, como legítimo otro; es decir, como algo al mismo tiempo diferente-e-idéntico a mí mismo, a quien debo respeto, y desde cuyo espacio me interpela, me invoca, me llama. A nivel mucho más grande, esto mismo ocurre con quienes hemos excluido, marginado, desechado de la convivencia social. ¿Acaso no es éste el origen de la rebelión zapatista, cuyo fulgor se hizo visible estruendosamente el 1º de enero de 1994? ¿No lo han expresado así en numerosos “comunicados”? Tal vez hasta nuestros corazones, demasiado absortos en otros oscuros objetos del deseo no ha llegado su voz. O tal vez sí la oímos y luego se nos olvidó entremezclada en el sinnúmero de palabras que nos llegan desde todos los ámbitos de nuestra existencia. Sin embargo, conviene escuchar, atentamente, uno de sus primeros mensajes al país, para desentrañarlo y re-encontrarnos con él, a fin de descubrir si el camino a que nos invita tiene o no corazón y si “encaja” o no en el “proyecto de país” que deseamos.

Después de recordar a sus muertos y la pena y el dolor de vivir en la des-esperanza, en el des-amor, en su ser negados y excluidos, exclaman:

*“... Y vimos que es malo morir de pena y dolor, vimos que es malo morir sin haber luchado, vimos que teníamos que ganar una muerte digna para que todos vivieran, un día, con bien y razón. Entonces nuestras manos buscaron la libertad y la justicia, entonces nuestras manos, vacías de esperanza, se llenaron de fuego para pedir y gritar nuestras ansias, nuestra lucha. Entonces nos levantamos a caminar de nuevo, nuestro paso se hizo firme otra vez, nuestras manos y corazón estaban armados. ¡Por todos!, dice nuestro corazón... ¡Por todos!, dice nuestro paso. ¡Por todos!, grita nuestra sangre derramada, floreciendo en las calles de las ciudades donde gobiernan la mentira y el despojo” (EZLN, 1994: 120).*

No, el caminar en el amor es todo lo contrario de vivir en la abulia, en la apatía, en el sentimentalismo, en la resignación y en el oprobio. Pues el “otro”, los “otros”, los “todos” a quienes hacen referencia los zapatistas por el hecho de ser cuerpo, Rostro, merecen respeto. Más merecen respeto por la consustancial dignidad que les otorga su humanidad. Aunque en el documento del EZLN no hay una referencia explícita al amor como motivación de su lucha, sí la hay implícita, metafórica, cuando afirman que sus manos “se llenaron de fuego”, imagen del amor, símbolo universal del “fuego entrañable de nuestro corazón”. Ese es el amor que —como emoción originaria— nos lanza a la vida, nos anima a luchar para que haya paz con justicia y dignidad. Y, más en concreto, para que la educación no la concibamos como una simple transmisión de “conocimientos” más o menos “vivos” o “muertos”, sino como el proceso mediante el cual nos entrelazamos, nos complementamos, nos in-corporamos, gracias a la red de conversaciones que vamos tejiendo cada día, a los proyectos comunes que nos en-lazan.

### **Los gritos de la sangre derramada**

Hace ya más de dos años que los indios zapatistas nos sacaron del marasmo, del conformismo, a millones de mexicanos y nos hicieron re-encontrarnos con el mito de Votan-Zapata: “guardián y corazón del pueblo”. A mí, en lo personal, me hicieron ver que el educar no puede consistir en sólo proveer de “armas para el éxito” a cuantos educandos me encuentre yo a mi paso. Más aún, me hizo comprender que todo el sistema educativo (y no sólo el educativo) está podrido y no ha cumplido con su función de promover cambios estructurales que hagan posible en nuestro país la libertad, la justicia, la democracia. En otras palabras, no ha promovido la construcción de un mundo en el que vivamos como personas, como seres que se respetan a sí mismas, respetando, aceptando y abriéndose, no cerrándose, a los otros. En último término, me hizo comprender que la educación, realmente, tiene que transitar “entre la revolución y la utopía”, para impedir más gritos de sangre derramada, aunque llegara a florecer en nuestras ciudades gobernadas por la corrupción y la mentira; pero, también, para no forjar esperanzas locas, sueños utópicos irrealizables.

Sin embargo, si algo puede hacer la educación, y nosotros como educadores —en este país llamado México— es construir ambientes,

espacios donde brille el respeto al otro, el reconocimiento a su diferencia, el reconocimiento a aquello que lo hermana conmigo.

Es preciso reconocer también que no será posible construir “caminos con corazón”, de mutuo respeto, si no trabajamos con la tierra, con el lodo, con las piedras, con el pavimento que brota de nuestro propio terruño. No es para un mundo ajeno para el que educamos, sino para éste. Si nuestros educandos no aprenden a actuar y a transformar el espacio de su vida cotidiana, o más bien, de nuestra vida diaria, la educación que supuestamente “damos”, no sirve ni a ellos ni a nuestro país.

Pero tampoco servirá de mucho si no aceptamos también nuestros errores y los errores o las fallas del otro, y las consideramos como magníficas oportunidades para cambiar. No hay que hacer leña del árbol caído, ni creer que los errores o las fallas del Otro son imperdonables. Es casi seguro que en nuestras aulas, en nuestros hogares, en nuestros espacios de co-existencia no existan “crímenes” tan grandes que no puedan ser perdonados, ni errores tan garrafales que no puedan ser enmendados. Si la educación que impartimos lleva a nuestros educandos a vivir sus errores como negación de su identidad, como rechazo, como reprobación absoluta de su ser Otro y, por tanto, como merecimiento de un castigo, la educación que impartimos ni les sirve a ellos, ni le sirve a México, y menos aún nos sirve a nosotros, como supuestos “educadores” de las futuras generaciones.

“¿Para qué educar?”, se preguntarán ustedes. Por todo lo aquí dicho me parece que brota la respuesta por sí misma. Para construir un país en el cual el camino con corazón que vayamos construyendo sea el de la libertad, el del respeto, el de la democracia, el de la justicia, y el del amor. En consecuencia, no para competir y negar al otro, no para explotar y abusar del otro, no para “dominar” la tierra y destruir nuestra casa, nuestra ecología. *“El progreso —de acuerdo con Maturana, que aquí me ha servido de guía e inspiración— no está en la continua complicación o cambio tecnológico, sino en el entendimiento del mundo natural que permite recuperar la armonía y belleza de la existencia en él desde su conocimiento y respeto. Pero para ver el mundo natural y aceptarlo, sin pretender dominarlo ni negarlo, debemos aprender a aceptarnos y respetarnos a nosotros mismos...”* (1994a: 31). Para con-vivir como humanos no son tan importantes los

“avances tecnológicos” cuanto nuestra hominización conjunta, pareja, armónica, solidaria.

Tales emociones, que se manifiestan fenoménicamente como comportamientos, no son, sin embargo, transparentes ni siquiera a nosotros mismos. Nunca estamos a salvo de errores perceptuales en lo que a nuestras emociones se refiere. Por esto es que se habla de amores “verdaderos” o “falsos”, en cuanto que, muy posiblemente llamamos “amor”, “aceptación del Otro” o “respeto al Otro”, a lo que el Otro no percibe como tal. ¿Cuántas veces en nuestra vida no hemos *experimentado* amores ilusorios, o bien el desmoronamiento de verdaderos amores volcánicos que se extinguen por falta de alimento en nuestras relaciones intercorpóreas? Así pues, resulta indispensable considerar nuestro modo de ser, nuestra manera de relacionarnos con el Otro —y con nosotros mismos, como el Otro que habita eso que llamamos nuestro cuerpo—, a fin de esclarecer si nuestro amor es ilusorio o verdadero. Al respecto, Merleau-Ponty sugiere que *“un verdadero amor se termina cuando yo cambio o cuando cambia la persona amada; un amor falso se revela falso cuando vuelvo en mí. La diferencia es intrínseca. Pero como afecta al lugar del sentimiento en mi ser-en-el-mundo total, como el falso amor interesa al personaje que creo ser en el momento en que lo vivo, y como, para discernir la falsedad, tendría necesidad de un conocimiento de mí mismo que no llegaré a tener nunca..., la ambigüedad permanece, y, por consiguiente, siempre es posible la ilusión...”* (1994: 388-89). En este riesgo de ambigüedad es necesario aprender a vivir. Pero, por lo mismo, es tan importante no creer que gracias a la “introspección” podremos salir de dudas. Más bien se trata de entablar diálogos auténticos, veraces y sinceros con el Otro, con los otros, en “palabras verdaderas”, para mirarnos como el Otro nos mira, para mirar al Otro como nosotros nos miramos. En otras palabras, sólo en el entrelazamiento de nuestras existencias es posible superar la ilusión, consumir el proceso de ser nos/otros, llegando a ser en el camino de ser-con-otros, en el mutuo re-conocimiento. En otras palabras, se trata de llegar a *“ser activamente lo que ya somos por azar, establecer una comunicación auténtica con los demás y con nosotros mismos, comunicación de la cual nuestra estructura temporal nos ofrece la oportunidad y de la cual nuestra libertad no es más que el boceto”* (Merleau-Ponty, 1977: 77).

Por esto mismo, el transitar por caminos con corazón no es algo que sólo deba darse en nuestro tránsito por las diferentes “escuelas”.

Tal caminar es parte consustancial de nuestra vida, de nuestra existencia intercorpórea, intersubjetiva. Así pues, si verdaderamente deseamos educar con el corazón, debemos entrar en nuestro propio ámbito, y preguntarnos qué tanto respetamos al otro, a quienes nos rodean, qué tanto perdonamos o aceptamos sus errores no como si fueran actos de un criminal, sino como etapas necesarias en el aprender a caminar por el mundo, por este espacio de coexistencia y de vivencias comunes. Finalmente, debemos también preguntarnos qué tanto hemos aprendido, a estas alturas de nuestra vida, a respetarnos y aceptarnos, para llegar a ser nosotros mismos en nuestro ser-con-otros, aquí y ahora. Tales cuestionamientos me parecen fundamentales, pues aprendemos con el corazón a reconocer que la razón tiene corazonadas que el corazón desconoce, y, por lo mismo, educamos con el corazón o no educamos de ninguna manera.

Afortunadamente, “esperanza hay en la vida”, y es el amor, precisamente, un cálido sol de esperanza capaz de iluminar y encender nuestra Existencia, nuestro ser-cuerpo.

Mayo de 1996.

### **Bibliografía**

- Chopra, Deepak. *Ageless Body, Timeless Mind*, Harmony, Nueva York, 1993.  
 EZLN. Documentos y comunicados, Era, México, 1994.  
 Levinas, Emmanuel. *Humanismo del otro hombre*, Siglo XXI, México, 1993.  
 Maturana, Humberto. *Emociones y lenguaje en educación y política*, Hachette/CED, Santiago de Chile, 1994a.  
     *El sentido de lo humano*. Dolmen, Santiago de Chile, 1994b.  
 Merleau-Ponty, Maurice. *Sentido y sinsentido*, Península, Barcelona, 1977.  
     *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona, 1994.  
 Michel, Guillermo. *Entre la revolución y la utopía*, Paradigmas, México, 1992.